

EL MUSEO SALZILLO

POR

ANTONIO GALLEGO BURIN

Ha querido el Sr. Ministro de Educación Nacional, y con él esta Dirección General de Bellas Artes, dar con su presencia a este acto inaugural del Museo Salzillo, el relieve y la importancia debidas a este nuevo centro que, para Murcia y para España, tiene un singular valor, en su doble aspecto religioso y artístico, y que constituye, dentro de la política de Bellas Artes que el Ministerio de Educación y esta Dirección vienen desarrollando, una muestra más de sus desvelos, por renovar, por modernizar y presentar debidamente los Museo españoles, que son inapreciable instrumento de cultura como exponentes de la riqueza artística de España, que es la más clara voz de su espíritu y la más pura expresión de su genio creador.

Pero, a esta inauguración que celebramos quería y debía el Ministerio de Educación asociar y expresar su homenaje a la entidad que, a lo largo de los siglos, fué la fiel y entusiasta guardiana del tesoro de arte que este templo encierra y la propulsora de la gran obra que, aquí y para ella, desarrolló vuestro incomparable Francisco Salzillo.

Por eso, la condecoración que el Ministro de Educación Nacional, en nombre del Gobierno, acaba de conceder, y que va a ser por él impuesta al Presidente de esta Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús, D. Emilio Díez de Revenga, en atención a sus méritos relevantes, a lo



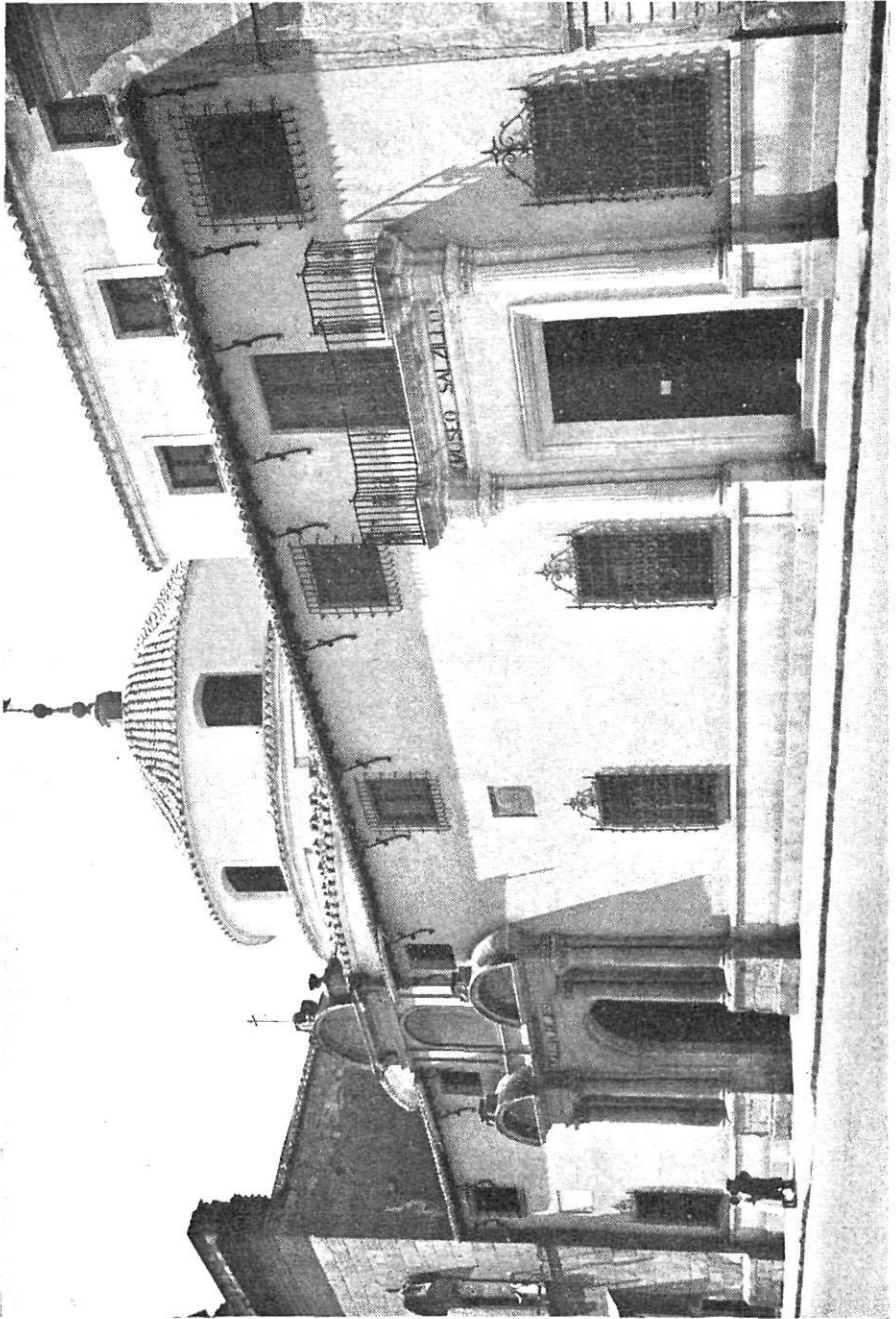
que profesional y socialmente significa, y a la colaboración prestada a las obras que felizmente vemos terminadas y acabamos de inaugurar, es también, simbólicamente y por extensión, recompensa y honor concedidos a esta secular Cofradía que, nacida en 1600, al calor del Convento de la Arrixaca, en la pequeña capilla que fué el núcleo inicial de esta Iglesia, engendró la gran devoción nazarena murciana, mantenida a lo largo de siglos en su procesión de Viernes Santo, con el mismo devoto espíritu de los días de su fundación y con el mismo entusiasmo con que en 1696 logró construir ampliada su nueva sede, ver aumentado el número de pasos y, con la cooperación de fieles y de gremios, dar a sus desfiles el esplendor y la emoción que vino a acrecentar el encargo dado a Salzillo de renovar los grupos escultóricos procesionales, desde el de la Caída, a los de la Oración, la Cena, el Prendimiento, San Juan, la Dolorosa y la Verónica, admirables versiones dieciochescas de nuestra mejor tradición imaginera, presididas por la vieja imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, titular de la Cofradía.

Y este esplendor y esta emoción, con los que Murcia hace dos siglos que impresiona al mundo, a todos los rincones del cual llegan los ecos de su semana pasionaria, fueron logrados por el amor y el esfuerzo de dos hombres, que hoy deben ser aquí recordados: D. Joaquín Riquelme, al que se debió la restauración de la Cofradía y el encargo al gran escultor murciano de estos pasos procesionales, uno de los cuales fué por él costeado, y D. Francisco González que, en 1792, encargó a Pablo Sistori la decoración interior de la Iglesia.

Si nuestro siglo XIX, con sus trágicos avatares, deshizo en parte esta obra, la acción de otros muchos buenos murcianos volvió a lo largo de él a ponerla en pie; y a completarla vino, en estos días nuestros, la acción del Estado español, renovándola, ampliándola y presentándola en la forma que veís, animado por el deseo de contribuir así al mantenimiento del admirable espíritu religioso que esta Cofradía entraña, a la vez que por el de exaltar el nombre de vuestro singular imaginero, propósitos ambos a los que la Cofradía de Jesús ha prestado la mejor de sus colaboraciones, con la ayuda y orientación, celosa y competentísima en lo que a la parte artística se refiere, del Director del Museo, D. Juan Torres Fontesy del asesor museográfico, D. Manuel Jorge Aragoneses.

Por eso, y por lo que a este aspecto de la obra se refiere, se amplió el contenido del Museo, dando cabida en él a piezas escultóricas de procedencias distintas, aspirando a reunir en estas salas la mayor cantidad posible de la producción salzillesca. Y, por eso también, se ha traído a ellas este extraordinario conjunto del Belén, muestra única de una imaginería popular a que Salzillo supo dar vida con fuerza de gubia y de pincel, tan





"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



extraordinaria y original, que, por virtud de ella, convirtió este menudo arte, grácil e intrascendente, en expresión de gran arte.

Decía Eugenio d'Ors, que, así como la música y la poesía populares se habían abierto hueco en la política de las Bellas Artes, porqué no habría de abrirse también a la plástica y a la imaginación populares, ya que las figurillas de Nacimientos, reeditadas a través de generaciones, por estirpes de escultores anónimos, valen como un romance auténtico, transmitido de generación en generación, y no excluyen la posibilidad de que pueda existir, conocido o ignoto, en algún punto del mundo, un Belén, varias veces secular, equiparable al Poema del Cid. Y, aunque el Belén de Salzillo nació cuando ya, a lo largo del siglo XVIII, había sonado la trompetería fácil y colorista de los Belenes de Nápoles y Austria, Baviera y Flandes, ese Poema del Cid, ese gran poema de esa imaginaria popular bien puede serlo el de Salzillo, como expresión de un sentir que, si no anónimo y sí muy personal es, a su vez, la expresión de un sentir y de un espíritu que hace vibrar el barro y la madera de estas frágiles figurillas con aliento profundamente humano y profundamente español.

Ese mismo aliento humano, esa pasión y esa vida son también las que estremecen toda la obra de Salzillo, que yo no voy ahora a intentar descubrir ni a examinar ante vosotros, murcianos, para quienes esa vida y esa carne estremecida de estas imágenes son como vuestra propia carne y vuestra propia vida. La obra de Salzillo representó en la decadencia artística del momento en que su labor se desarrolla el último brote de nuestra gran tradición imaginera, cuando ya se había extinguido la de Castilla, y cuando ya también las de Sevilla y Granada habían rendido, o estaban a punto de rendir, sus últimos frutos. Por eso, su valor es aún más singular.

Para subrayar, pues, este significado, para ayudar a mantener el espíritu que hizo nacer la mayoría de estas obras —la más bella representación humana del más humano de los dramas, el divino drama de Jesús y el gozo de los más tiernos de sus misterios, el de su Nacimiento— se ha creado este Museo. Y, por eso también, al crearlo, se ha mantenido esta Iglesia como escenario de él.

No podía tener otro. Porque, esta Iglesia es como el símbolo del alma de Murcia y cuando sus puertas se abren en el amanecer del Viernes Santo para dar paso y lanzar a la luz del sol levantino estas humanísimas imágenes, Murcia es toda entera como la prolongación de este templo.

Para que en él perdure y no se extinga el culto al arte de Salzillo, a lo que significó y a lo que dió a la gran conmemoración pasionaria del Catolicismo, ha nacido este Museo, de perfil singular, casi único, entre to-



dos los españoles, porque no es un Museo más, sino un Museo y un templo. Este es su doble significado. Por eso, vale, pues, para los dos, esa inscripción fijada en la fachada de su edificio: *Se alzó para la mayor gloria de Dios y para la paz de los hombres*. Porque, esa paz, también la da la pura contemplación estética.

